

AÑO III

Revista ilustrada Hispano-Americana.

Núm. 130

SUSCRICIÓN PENÍNSULA

	Directa.	Por comisionado.
Tres meses..... pesetas	3	3,50
Seis meses..... "	6	7,00
Un año..... "	12	14,00

Número corriente, 25 cént. Atrasado, 50.

Madrid 29 de Junio de 1890.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

→ CLAUDIO OCELLO, 13, MADRID ←

Teléfono núm. 2205.

SUSCRICIÓN AMÉRICA

Cuba y Puerto Rico, seis meses. 3 pesos 60 centavos oro
un año.... 5 " 30
NÚMERO SUELTO: Un real fuerte.
Filipinas, un año..... 6 pesos fuertes.
En los Estados de América fijarán el precio los señores Corresponsales.

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Carnet de la Moda, por Clementina.—Explicación de los grabados.—Labores.—Los millones, por Julio Claretie (continuación).—Conferencias del Doctor: el miedo, por el Doctor Alegre.—Curiosidades: arte de conservar la belleza, por

Daniel García.—Album: al són de mi guitarra (cantares), por Alejandro Pizarroso.—A la luz de la lámpara, por El Abate.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—El regalo de este número.—Recetas de la mujer casera.—Advertencia.—Reclamaciones.—Crónica triste.—Anuncios.

que son atributos de la belleza física y la belleza moral. Las mujeres, como las Soberanas, necesitan para conservar su influencia, sus amigos ó sus súbditos, tener algo más que facciones seductoras, esbelto tallo y ojos fascinadores. Necesitan mucho corazón, y por poseer uno de los más nobles del mundo ha conseguido la dama á quien aludo el prestigio que goza entre la más

Crónica.

La fiesta de las Flores ha sido espléndida este año. Un tiempo resuelta y sinceramente primaveral ha favorecido la brillante exhibición de trajes, sombreros y capotas, de carruajes magníficamente engalanados; y como era de esperar, en vista de tan favorables circunstancias, todo París acudió á las espaciosas alamedas del Bois, teatro de la campaña en que los combatientes eran señoras elegantes y caballeros distinguidos, y los proyectiles las más preciosas flores.

En estos combates, recibir un ataque se considera como un triunfo. Las señoras que ocupan majestuosamente los landós, las victorias, los tilburis, pueden permitirse arrojar á los espectadores alguna de sus floridas municiones. En este caso un clavel, una rosa, una dalia, equivale á la flecha que en los tiempos mitológicos disparaba el ya pasado de moda dios Cupido, flecha que siempre llegaba al corazón. De modo que no sólo los beligerantes pelean, sino que un caballero puede dirigir una flor á una de las espectadoras, y una dama puede hacer otro tanto con un espectador, lo que significa, por parte del agresor, simpatía, interés ó algo más.

Hay quien guarda la bala... quiero decir la flor, como dulcísimo recuerdo de la impresión anónima que ha producido en unos ojos encantadores ó en un corazón sensible.

La fiesta de las Flores es, pues, la fiesta del Amor, y las protagonistas son las mujeres jóvenes y bonitas.

Cuando, como ha sucedido este año, el cielo apacible y despejado, el sol brillante y las brisas saturadas de perfumes toman parte en la función, ésta, más que una realidad, parece un sueño.

La familia que ostenta el antiguo y nobilísimo título de condes de Pourtales, ha celebrado la boda de la joven y bella heredera de este título, y esta ceremonia ha sido un gran acontecimiento en la más alta esfera de la aristocracia parisiense. La madre de la desposada, la condesa Edmond de Pourtales, es considerada como la reina de la elegancia. La hija es digna de la madre. Para reinar no basta una sola cualidad. Es necesario reunir muchas, ó, mejor aún, todas las



NÚM. 1.—CUBREPOLVO PARA VIAJE



NÚM. 2.—TRAJE PARA VIAJE

AÑO III.—NÚM. 130.

escogida sociedad de París. Con este motivo la boda de su hija ha interesado á las familias de la antigua y la nueva nobleza, y lo mismo la ceremonia del contrato que la de la boda, reunieron en el palacio de los felices padres de la desposada lo más selecto de la *high-life*.

En la ceremonia de la boda la novia lucía un precioso traje de raso blanco de larga cola. El delantero aparecía cubierto de draperías formadas por un riquísimo y auténtico encaje de punto de Alençon. El velo era del mismo encaje.

Su venturosa madre había escogido un ideal traje de piel de seda lila sonrosado, con reflejos blancos; matiz novísimo muy de moda, y que se llama *color de orquídea*. Es de un efecto encantador. Parece una tela blanca con chispas de plata. La capota, del mismo color del traje, era un encanto.

Los trajes que ostentaron las invitadas formarían una numerosa, variada y completa exposición de las últimas novedades de la Moda. La mayor parte de ellos eran claros, dominando el blanco y los delicados y suaves tonos amarillos que también tocan de gran boga. Muchos trajes de *pekin* forma Princesa. Falda larga, pero de escasa cola. Los colores gris perla y rosa pálido, formaban el oscuro de aquel claro magnífico. Capotas microscópicas de tul y flores que no parecían hechas ni con manos de hada, sino con soplos de brisas.

Continúan los bailes de cabellera empolvada, como se llama á los que por los trajes y el peinado recuerdan los buenos tiempos de Luis XIV y de Luis XV. En casi todos ellos se bailan los antiguos *minués* y se termina con el moderno cotillón.

Los preparativos para el *Gran Prix* avanzan en toda la línea. Las modistas trabajan misteriosamente, porque, como ya he dicho varias veces, en la gran fiesta típica, desean las damas sorprenderse unas á otras con las últimas creaciones de la Moda; y como todas aspiran á la originalidad, puede decirse que cada traje de los encargados para esta última reunión anual de la alta sociedad parisíense es un secreto, que las modistas, convertidas en confesores, deben guardar para no malquistarse con sus favorecedoras.

En esta fiesta asistiremos al espectáculo de las últimas inspiraciones de la deidad que tiene á su cargo el esplendor de la belleza, y allí veremos las maravillas que servirán como de brillante sinfonía á las suntuosidades que poco después se lucirán en playas y Casinos.

Los periódicos humorísticos consagran su atención á un opúsculo que una señora norteamericana ha publicado, aspirando á hacer una revolución en el traje femenino.

Cuando se trata de este punto tan debatido, no hay que esperar grandes novedades. Hay mujeres, sobre todo en la América del Norte, que no se pueden conformar con la majestuosa falda, y no contentas con las concesiones que á su insensata ambición ha hecho la Moda permitiéndoles copiar del traje masculino las chaquetas, los chalecos, los fraques, las levitas, los camisolines y las corbatas, aspiran á ir más allá, es decir, á sustituir la airosa, elegante y discreta falda, con los pantalones.

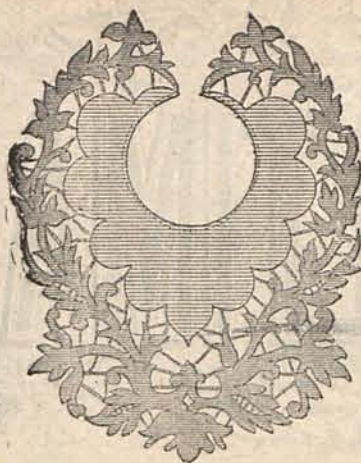
¿No han visto mis lectoras á una mujer disfrazada de hombre? Esto es fácil en los días de Carnaval, y no me extrañará que sólo al leer estas líneas asome la sonrisa á sus labios. ¿Hay algo más ridículo, más antiestético que una mujer con pantalón, chaleco, corbata, levita y sombrero hongo ó de copa?

La abogada que han hallado los pantalones, presume que esta ridiculez nace de la falta de costumbre. «Que unas cuantas mujeres bonitas, de influencia en la sociedad, se resuelvan á ir á paseo ó á frecuentar los salones con el traje masculino, y la imposición del prestigio primero y la fuerza de costumbre después, lograrán el milagro.» Así se expresa.

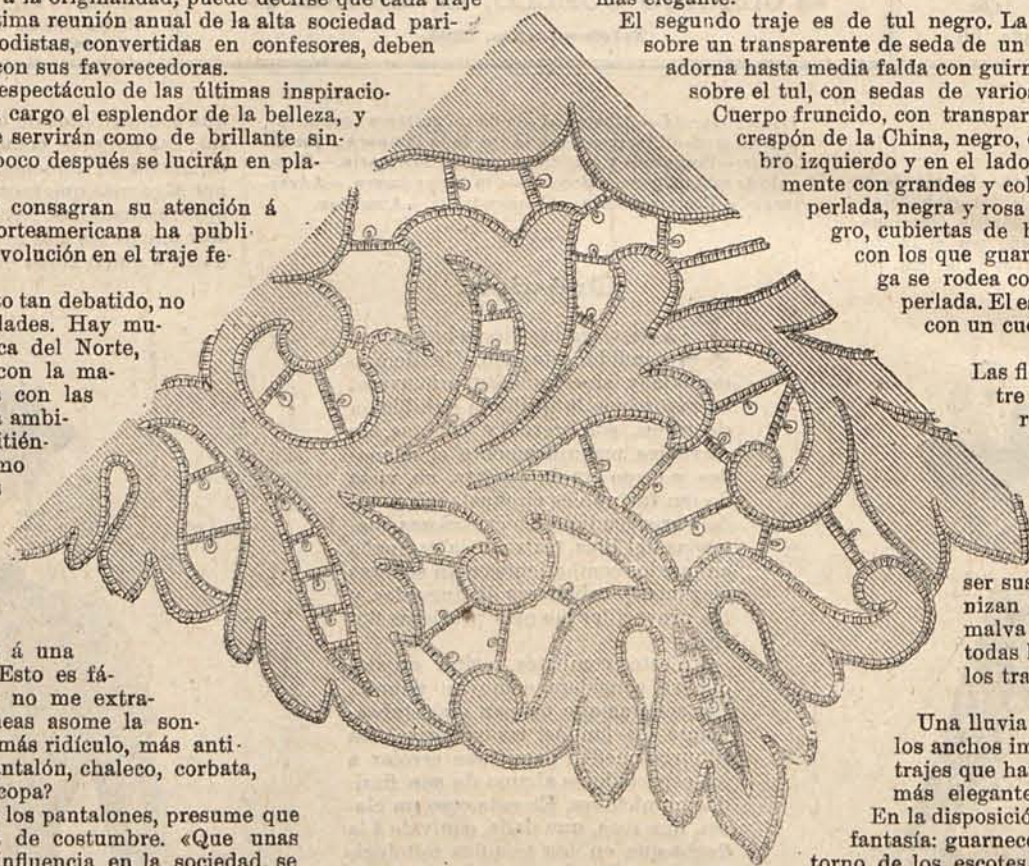
No, no, y mil veces no. Esta tentativa que sólo sirve de estímulo al buen humor de los periódicos cuya misión es mantener la risa en los labios y la alegría en el corazón de sus lectores, no pasará adelante, como ha sucedido en otras ocasiones, y como sucederá hasta que el mundo se convierta en un inmenso manicomio.

He reproducido la noticia, porque publicada y comentada por periódicos norteamericanos, ingleses y franceses, ha dado pábulo á animadas conversaciones, y porque la autora del proyecto es una señora de mucho viso en Nueva York.

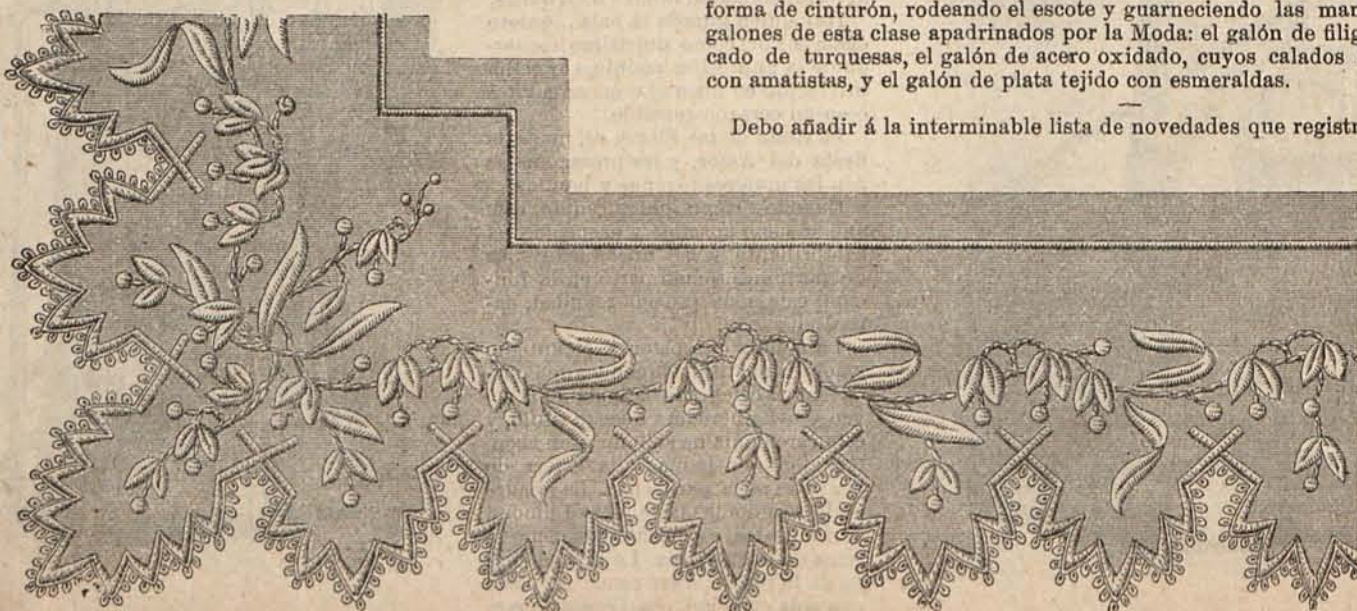
Pero juzgo que aun las que más condiciones tienen, por su carácter, para llevar los pantalones, como se dice en lenguaje figurado, seguirán lleván-



N.º 3.—BABERO DE ENCAJE RICHELIEU



NÚM. 4.—DETALLE DEL BABERO NÚM. 3



NÚM. 5.—ESQUINA DE PAÑUELO BORDADA AL «PLUMETIS»

dolos, como hasta ahora, invisibles bajo las pudorosas y modestas faldas.

BLANCA VALMONT.

Carnet de la Moda.

La Moda se nos presenta este año tan seductora bajo todos conceptos, que la más insignificante crítica resulta infundada y fuera de lugar. Buena prueba de la verdad de lo que digo son dos trajes que han salido estos últimos días del obrador de una de las modistas que goza de más justa fama en la vecina capital. Uno de ellos llama desde luego la atención por su riqueza y elegancia. En cambio el otro merece citarse por lo nuevo y original de su aspecto. Empezaré por describir el primero. Falda de piel de seda, de un tenue tono heliotropo, formando delantero á la veneciana y salpicado de iris bordados con oro sobre el fondo. Una de las draperías de este delantero se sujeta con una flecha de aplicación de finísima pasamanería de oro. Los costados de la falda, independientes por completo del delantero y de la cola, dejan escapar cascadas de tul pajizo, que pertenecen á la primera falda, hecha con este aéreo tejido, sobre transparente de seda heliotropo. La inmensa cola, forrada de seda color paja, se sujeta al cuerpo bajo un numeroso grupo de cocas de cinta heliotropo, si se puede dar el nombre de cuerpo á un corselete de seda heliotropo, bordados de oro, que sujeta al talle una camiseta fruncida de tul pajizo. Galones de seda heliotropo parten del corselete, rayan la camiseta, y por último desaparecen bajo un escarolado de tul, cerrado con una escarapela, que rodea el escote. Mangas huecas de tul pajizo, sin transparente. Tres galones de seda, anudados en forma de brazaletes, las ajustan al brazo. Como se ve este modelo no puede ser más elegante.

El segundo traje es de tul negro. La falda, resta y ligeramente fruncida sobre un transparente de seda de un raro color, entre rosa y salmón, se adorna hasta media falda con guirnalda de flores bordadas al pasado, sobre el tul, con sedas de varios tonos del color del transparente. Cuerpo fruncido, con transparente rosa salmón. Una drapería de crepón de la China, negro, cruza el pecho y se sujeta en el hombro izquierdo y en el lado derecho de la cintura, respectivamente con grandes y colgantes aplicaciones de pasamanería perlada, negra y rosa salmón. Mangas perdidas de tul negro, cubiertas de bordados al pasado, haciendo juego con los que guarnecen la falda. La ancha bocamanga se rodea con un estrecho galón de pasamanería perlada. El escote, en forma de corazón, se adorna con un cuello Médicis de pasamanería perlada.

Las flores de tonos amarillos y pajizos, entre las que figuran en primer término las rosas de té, gozan en estos momentos de todo el favor de la Moda, tanto para el adorno de los sombreros como para servir de fresco complemento á las *toilettes* de *soirée* ó concierto. Estas flores han sido elegidas sobre otras muchas, por ser sus suaves tonos los que mejor se armonizan con las escalas de colores violeta, malva y heliotropo que se encuentran en todas las telas que se destinan para hacer los trajes de verano.

Una lluvia de cintas y galones de seda de todos los anchos imaginables ha caído sobre los frescos trajes que han de ostentar las señoras y señoritas más elegantes, en playas y estaciones veraniegas. En la disposición de este adorno reina en absoluto la fantasía: guarnecen las faldas, se colocan flotantes en torno de los escotes, y con ellos se forman lindos cinturones, escarapelas y cascadas de cocas. Las camisetas fruncidas de gasa, tul y *surah* se amoldan al busto por medio de galones de seda cruzados en diferentes sentidos.

También se usan mucho los galones de seda para rayar los fondos lisos ó rameados.

La última palabra del lujo y la elegancia consiste, por decirlo así, en un galón de pedrería que se emplea con éxito creciente en el adorno de los cuerpos, en forma de cinturón, rodeando el escote y guarneciendo las mangas. Tres son los galones de esta clase apadrinados por la Moda: el galón de filigrana de oro salpicado de turquesas, el galón de acero oxidado, cuyos calados dibujos se forman con amatistas, y el galón de plata tejido con esmeraldas.

Debo añadir á la interminable lista de novedades que registra esta semana, una fantasía de indole tal, que con dificultad puede soñarse nada más encantador. Ya saben mis queridas lectoras que Francia es una de las naciones que con más arte y buen gusto se dedica al cultivo de la jardinería. Pues bien; un artista jardinero, cansado de emplear su habilidad en hacer ramos y canastillos, ha tenido la idea felicísima de formar sombreros,

tocas y capotas, sin más auxilio que las flores naturales. Para las copas y las alas emplea una especie de calado tejido de menudas florecitas, y estas formas las adorna con guirnalda y grupos de flores de mayor tamaño. La armoniosa combinación de los colores es una de las cosas que más se admiran en estos sombreros. Creo inútil decir el increíble entusiasmo con que este capricho ha sido acogido por parte de las elegantes parisien-ses, ávidas siempre de nuevas emociones. Estos sombreros, como es de suponer, no duran más que un día; pero esto es una ventaja que altera la monotonía y permite variar continuamente el aspecto del tocado.

Cumpliendo mi grato deber de dar cuenta á las simpáticas suscriptoras de cuantas novedades surgen de la varita mágica de la Moda, cito, aunque no recomiendo, un nuevo adorno que se usa, por regla general, con trajes escotados. Consiste en un cuello *Pierrot* formado con rizadas plumas montadas en una estrecha cinta de seda, que cierra el cuello al anudarse en un gracioso lazo. Las plumas son de tonos azules, verde esmeralda, grosella, paja, etc. El efecto que este adorno produce no reúne, en mi opinión, las condiciones que exige el buen gusto, y por esto abrigo la certeza de que no será muy larga su peregrinación por este valle... de perlas.

CLEMENTINA.

Explicación de los grabados.

Núm. 1. **Cubrepolvo para viaje.**—Es de lanilla escocesa, completamente liso y cerrado por doble fila de botones. Mangas lisas. El cuerpo desaparece bajo una larga esclavina montada sobre un puntiagudo canesú, rodeado de escarolados de la misma tela. Sombrero de paja, adornado con un grupo de plumas y una hebilla de plata vieja. Velo de tul.

Núm. 2. **Traje para viaje.**—Falda de lana rayada, drapeada en el delantero y guarnecida en el borde con un galón de seda. Larga chaqueta de paño de damas gris hierro, bordada de pasamanería. Anchas mangas, adornadas del mismo modo. Una pequeña esclavina, rodeada de pasamanería, cubre los hombros. Sombrero de paja, adornado con un abullonado de *surah*. Tela necesaria: 3,50 metros de lana rayada y 2 metros de paño de damas.

Números 3, 4, 5 y 6. (Véase *Labores*.)

Núm. 7. **Traje para recibir.**—De muselina de lana rosa salmón. Larga túnica, drapeada en la parte de falda, y abierta sobre el costado, para dejar ver una primera falda de tul perlado. Cuerpo corto y fruncido, con camiseta de tul perlado. Mangas huecas. Vuelos de tul perlado rodean las bocamangas. Cinturón de pasamanería. Tela necesaria: 9 metros de muselina de lana y 4 de tul perlado, doble ancho.

Núm. 8. **Sombrero «Nieves».**—Es de tul blanco, abullonado. La copa y el interior del ala se adornan con grupos de flores fantásticamente colocados.

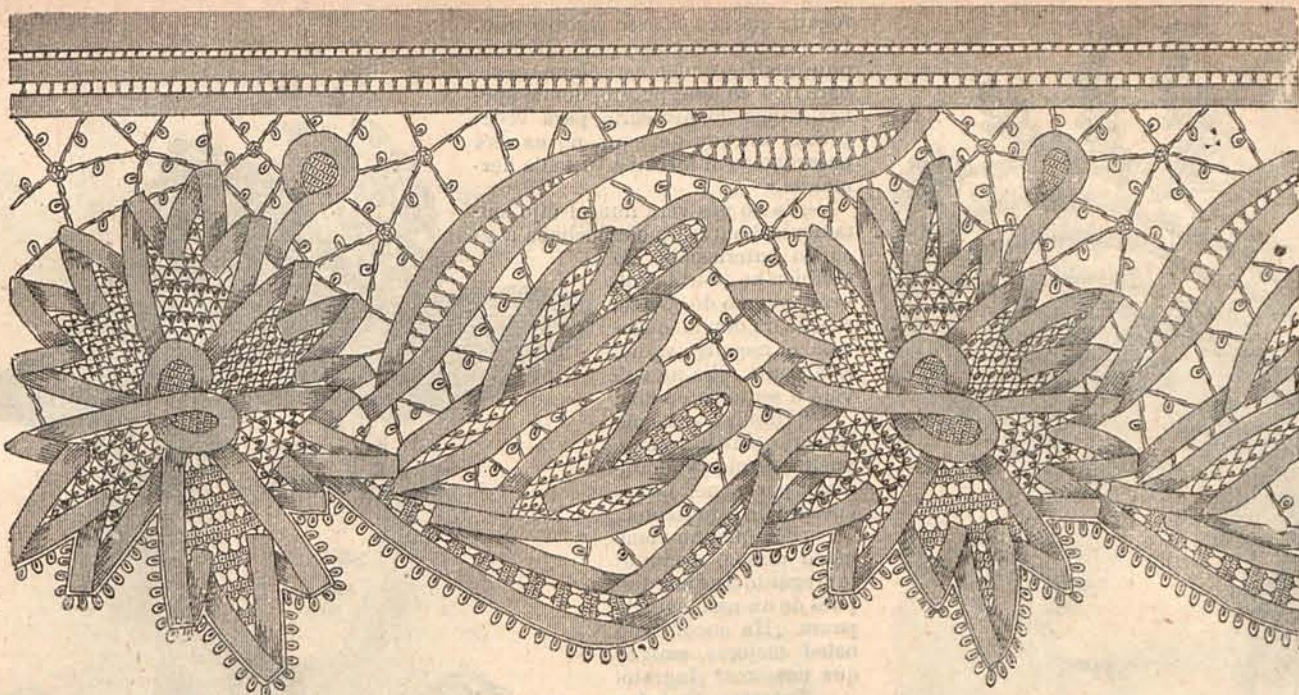
Núm. 9. **Sombrero «Anita».**—De crin negra. El ala, recta no tiene ningún adorno. La copa desaparece bajo una mensajin mariposa de encaje y azabache.

Núm. 10. **Capota «Elena».**—El fondo es de crespón de la China, blanco, ligeramente drapeado, y se adorna delante con una fila de gruesas perlas y un grupo de plumas, sujeto con dos cocas de terciopelo y una estrella de azabache. Otro grupo de plumas, colocado en la parte de detrás de la capota, cubre el nacimiento de unas estrechas bridas de terciopelo.

Núm. 11. **Sombrero «Eloisa».**—De fina paja negra. La copa se adorna con profusión de rosas de tonos distintos.

Núm. 12. **Sombrero «Gileta».**—Es de paja calada. Una guirnalda de flores rodea la copa y cuatro cocas de ancha cinta de seda adornan la parte de detrás del sombrero.

Núm. 13. **Traje para paseo.**—Cuerpo-plastrón de velo crema, abotonado en el lado y adornado con una ancha solapa de terciopelo negro. Mangas lisas, con carteras de terciopelo. La falda, recta detrás y drapeada en el delantero, se pliega en el costado en forma de abanico y se guarnece con cuatro galones de terciopelo, colocados al través y sujetos por medio de botones. El borde inferior del delantero de esta falda se rodea con un galón de terciopelo. Toca de terciopelo. Tela necesaria: 11 metros de velo, doble ancho.



Núm. 6.—ENCAJE RENACIMIENTO

y adornado con galones bordados. Mangas lisas. Falda también fruncida formando media cola. La parte baja se guarnece con un ancho galón bordado. Un estrecho galón bordado rodea el talle y se anuda flojo en la parte de delante. Tela necesaria: 11 metros de muselina de lana, doble ancho.

Núm. 16. **Traje para señorita.**—Es de lanilla azul zafiro. Cuerpo corto, sujeto en el talle con un cinturón de faya cerrado con una hebilla de acero. El escote se rodea con un cuello *Pierrot* de encaje crema, que se prolonga en forma de cascada. Mangas abullonadas, sujetas al brazo por medio de brazaletes de cinta. Falda fruncida y drapeada de lanilla azul. Una cascada de encaje parte de la cintura, baja hasta el borde de la falda y rodea los contornos de ésta en forma de volante. Tela necesaria: 10 metros de lanilla, doble ancho.

Núm. 17. **Traje para paseo.**—Cuerpo corto de *pekin* de seda gris ceniza. El escote, en forma de corazón, se rodea con un bonito galón bordado. Mangas drapeadas. Cinturón corselete. Falda recta, adornada en el delantero con galones bordados, dispuestos á lo largo sobre el fondo. Tela necesaria: 15 metros de *pekin* de seda y 6 metros de galón bordado.

LABORES

Núm. 3. **Babero de encaje «Richelieu».**—Este lindo modelo se borda al punto de festón sobre finísimo piqué ó batista blanca.

Núm. 4. **Detalle del babero núm. 3.**

Núm. 5. **Esquina de pañuelo, bordada al «plumetis».**—El fondo es de nipsis ó batista blanca muy fina. Para el bordado se emplea hilo chino ó algodón blanco.

Núm. 6. **Encaje Renacimiento.**—Este bonito encaje se puede utilizar para adornar trajecitos de niño ó ropa blanca, y se ejecuta del modo que sigue: se empieza por pasar el dibujo sobre un hule verde, á continuación se sujetan sobre éste los estrechos galones, en la forma que indica el modelo, y después se hacen los calados que sirven de fondo á hojas y flores. Terminada la labor, se coloca el encaje bajo un lienzo mojado, y se plancha.

LOS MILLONES

POR JULIO CLARETIE

(Continuación.)

De todos modos, aquellas cortas expansiones en dulzaban sus continuas amarguras; y el joven se esforzaba en ocultar la emoción de que se sentía poseído cuando Andrea, tendiéndole la mano, le preguntaba sonriente:

—¿Va bien?

—Muy bien, puesto que sé que no le falta á usted nada.

—¿Es usted feliz?

—Muy feliz.

Oliverio miraba entonces en torno suyo; aspiraba en el aire el perfume de las rosas, y como á pesar suyo:

—¡Ah! decía; ¡qué hermoso es volver á ver estos parajes!

Al oírle, la joven, turbada, callaba instintivamente.

En una ocasión, al volver del bosque, dijo á Andrea:

—Hoy he experimentado una tristeza. En vano he buscado á nuestro viejo mendigo del puente de Sèvres. ¿Se acuerda usted de su organillo, enronquecido, y al que faltaban tantas notas que jamás pudimos saber lo que tocaba? El infeliz le daba á usted miedo. Un día reunimos nuestros ahorros... fraternalmente Yo fui á llevárselos al pobre y á

AÑO III.—NÚM. 130.



Núm. 7.—TRAJE PARA RECIBIR



NÚM. 8.—SOMBRERO NIEVES



NÚM. 13.—TRAJE PARA PASEO

rogarle que se colocase en otro sitio. Lo que me respondió no lo olvidaré nunca: «Hijos míos, ya sé que no me haré rico en este puesto, donde apenas recojo lo necesario para vivir; pero si me voy de aquí, no os veré pasar jamás ni á ti ni á tu bella hermanita.»

—¡Ya no nos verá nunca! dijo lentamente Andrea, que escuchaba á su amigo enternecida. Yo también he querido volver al puente de Sèvres; y la piedra donde se sentaba el mendigo ya no estaba allí... ¡Ya no volverá á sentarse en ella!

—¡Infeliz! exclamó Oliverio, sintiéndose envuelto, mecido y dominado por aquellos recuerdos de otro tiempo.

—¿Por qué no viene usted más á menudo? le preguntó Andrea, después de un momento de pausa. ¿Ha encontrado usted mejores amigos que nosotros? ¡Ingrato!

—¡Ingrato! ¡Qué fea palabra!

Y trató de sonreír. —No es extraño, porque también la conducta de usted es fea, dijo la joven con seriedad. Al separarse de mi padre ha cometido usted una ingratitud.

—¿Siempre piensa usted lo mismo?

—Sí; y repruebo su determinación.

—Pues yo no me arrepiento de ella, dijo Oliverio con firmeza.

La joven le miró con sus claros é ingenuos ojos.



NÚM. 14.—TRAJE PARA PASEO



NÚM. 9.—SOMBRERO ANITA

—Es uno culpable, muy culpable, añadió, cuando se separa voluntariamente de los que le quieren bien. ¿Puede saberse el tiempo que durará la separación? ¿Se aquilata la pena que podemos causar? Y luego, si ocurre alguna desdicha...

Oliverio involuntariamente se acercó á Andrea como si la hubiera visto amenazada por algún invisible peligro.

—¡Alguna desdicha! exclamó.

—¡Oh!... A Dios gracias, añadió Andrea con viveza, lo que digo no es más que una figuración; pero ya sabe usted cómo me preocupo de todo, sin saber por qué. Y esta fortuna inesperada es demasiado buena para que yo viva tranquila.

La joven quería alejar de sí aquella inquietud sin causa, sin motivo; y para cambiar

de conversación preguntó á Oliverio si estaba satisfecho de la posición que Guillemard le había proporcionado en su casa.

—¡Una magnífica posición! Trabajaba mucho; pero ¡cosa singular! aquella agitación, aquella fiebre, agradaban al joven; le impedían pensar demasiado en otras cosas; y luego, su energía, su actividad, necesitaban, sólo como estaba en el mundo, emplearse en la fiebre del trabajo. ¡La vida era demasiado sombría, si no se alteraba su triste uniformidad! Por otra parte, tenía recuerdos dolorosos.

—¿Su madre de usted?... le preguntó Andrea dulcemente.

Oliverio no respondió, como si quisiera decir algo que sus labios pugnaban por guardar: estaba conmovido.

—¡Mi madre!... exclamó; y pasó con celeridad la mano por su frente.

Miraba á Andrea sin hablar, cuando cerca de ellos resonaron pasos, y Ribeyre, apareciendo, dijo:

—¡Bravo, picarón, tráfuga! Ya es usted nuestro. Hoy no se escapa usted sin comer con nosotros.

Y á continuación:

—¿Supongo, añadió, que está usted contento del primo Emilio?

—Sí por cierto; el señor Guillemard es bueno para conmigo.

—Siempre que me ve,



NÚM. 10.—CAPOTA ELENA



NÚM. 15.—TRAJE PARA RECIBIR



NÚM. 11.—SOMBRERO ELOISA

me da las gracias por que le dejé á usted en libertad. El, un hombre infatigable, necesitaba quien le ayudase. Por lo visto parece que sus negocios marchan viento en popa, ¿eh?

—¡Ya lo creo! ¡Da miedo su fortuna! contestó Oliverio sonriendo.

—Pues lo que es yo, dijo Ribeyre, aquí me tiene usted: lo he liquidado todo y vivo como un simple mortal; pero en medio de mi ventura, no puedo olvidar que debo todo á un sencillo accidente, á una casualidad; á algo de ilógico y de innecesario, en lo que el trabajo no ha entrado para nada: ¡una herencia, al fin!

Oliverio, muy pálido, escuchaba atentamente.

—La herencia, dijo con frialdad, es un derecho como cualquier otro.

—Para los hijos que heredan á sus padres. Que yo pase mi vida trabajando para Andrea y que al morir le legue cuanto haya ganado, es lo más natural del mundo; pero que un tío, un pariente, después de haber vivido sin afecciones, le enriquezca á uno porque no tiene otra persona á quien enriquecer... esto es ilógico, inconcebible. Que yo me aproveche de la suerte, bien está; pero no por eso he de dejar de conocer que hay en esto algo de inmoralidad, por más que al oírme hablar así, Guillemard me trate de imbécil. Usted, en cambio, me comprende perfectamente.

—Comprendo, dijo el joven, que el dinero ganado pertenece á quien lo posee, y éste puede hacer de él lo que más le plazca, dárselo á quien quiera; pero jamás se me ha ocurrido la idea de que lo que pertenece á mi madre... y se detuvo, como si fuera á añadir: «y á mi padre»—debía ser para mí.

Andrea experimentó una gran emoción al ver al joven vacilar. Le pareció que los labios de Oliverio temblaban.

—¡Hablemos de otra cosa! exclamó Ribeyre. ¿Qué es lo que por ahí dicen las gentes de mí, desde que soy millonario?

—Pues dicen que ninguno más digno que usted de la fortuna que ha conseguido; y añaden que si no había usted

nacido para prosperar con los negocios, al menos debía usted llegar á ser rico.

—¡Hola, hola! Apuesto cualquier cosa á que es Guillemard quien dice eso; reconozco su estilo. Si escuchase sus consejos, me lanzaría al movimiento; pero no, señor, no; estoy muy contento con la vida que hago. He asegurado la felicidad de mi esposa y de mi hija; no nos falta nada, y no quiero más. Es decir..., añadió Ribeyre, si nos falta algo: nos falta usted, mibueno y querido amigo.

La mirada de Giraud encontró la de Andrea, que se dirigía á él instintivamente.

—¿Pues qué! ¿no estoy siempre á las órdenes de usted? respondió Oliverio con voz leal y franca. Me encuentro á dos pasos de ustedes, y si alguien en esta casa me necesita, no tiene más que llamarme, en la seguridad de que acudiré gozoso.

—No lo dudo, contestó Víctor, dándole golpecitos cariñosos en el hombro. Pero... ¡calle!... Suena la campana: «¡Tilín... tilín...!» ¡Diablo! Catalina no espera. ¡Ha echado un genio desde que somos ricos!... ¡A comer... á comer!

XVI

Todos los poemas del amor feliz, la realización de los deseos febriles, las alucinaciones, las novelas de la pasión, las locuras del deseo, los recuerdos que abrasan,



NÚM. 12.—SOMBRERO GILETA



NÚM. 16.—TRAJE PARA SEÑORITA



NÚM. 17.—TRAJE PARA PASEO

todas las alegrías de la ternura voluptuosa, no valen para el hombre que los compara, lo que el ideal de los amores primaverales, de los castos amores de los veinte años.

Oliverio sentía el amor del joven que tiembla ante la virgen que se ruboriza. Amor tímido, amor profundo, semejante á esos primeros días de Mayo en los que el despertar, aún vacilante, de todo lo que florece, y la voz de todo lo que canta, todas las fuerzas vivas del amor, suben como una savia y embriagan como un vino nuevo.

Ese amor verdadero, ese poema eterno de la juventud, ese amor sagrado, es la gran fuerza de la vida universal; los otros son amores agitados, saturados de cólera, de gritos amargos y de infamias adoradas. El amor del joven y la joven; el amor de la joven que, con sus ojos grandes y puros, entrega á los ojos profundos del que la ama el secreto de su alma, es el amor bendito, instintivo y dulce del ser, que convertirá esta alegría en deber y que hará de este instinto su virtud.

También Andrea sentía, sin explicárselo, este afecto irreflexivo, que la atraía dulcemente hacia Oliverio; y no atreviéndose á darle el nombre de amor, no sabiendo quizá qué era amor, mejor aún, no queriendo confesárselo á sí misma, llamaba á este sentimiento con un nombre que es la pasión misma de la mujer: «piedad».

Amaba á Oliverio, y se engañaba diciéndose que le compadecía.

Había en Oliverio algo como un orgullo que sufría, como una laceración que interesaba y agradaba á la joven.

Andrea era como esas Hermanas de la Caridad, morales, á quienes un dolor oculto conmueve tan profundamente como una llaga visible; y cuando aquella hermosa joven rubia miraba á Oliverio, enternecida, le parecía contemplar á un herido.

¡Un herido! Sí, ciertamente. La existencia de Oliverio Giraud entrañaba un doloroso sufrimiento. Andrea interrogaba á su padre alguna que otra vez sobre el particular, pero Víctor Ribeyre respondía con evasivas. ¡No sabía!... Oliverio estaba siempre triste... era serio... reservado...; pero si su reserva y su formalidad se fundaban con razón en su laboriosidad y en sus prendas personales, su tristeza no tenía causa aparente.

Estas respuestas habrían bastado para satisfacer á otra persona que á Andrea. La joven no decía nada, pero meditaba; y el afecto que sentía hacia Oliverio se aumentaba en su alma con todo el misterioso prestigio de lo desconocido. En vano procuraban disuadirla; su instinto adivinaba que la vida de Oliverio estaba amargada por algún drama de una intimidad dolorosa, y esta convicción, que preocupaba á la joven, la afligía también.

Si se hubiera atrevido, se lo hubiera preguntado á él todo; pero temía tocar la herida que adivinaba; no tenía derecho para hacerle sufrir, y el joven podía muy bien suponer que la compasión que le impulsaba, era sólo curiosidad.

Por otra parte, si él estaba triste, era porque el azar los había separado; Andrea lo sabía. Pero antes de aquella separación, que en cierto modo agradaba á la joven por lo que significaba, descubría en los ojos de Oliverio una vaga expresión de sufrimiento, lejano quizás, pero intenso y tenaz. Aquel hombre que había tenido una madre adorada, parecía á los niños que han carecido de ella en los primeros años de su vida; y era que desde muy pequeño había sentido en los labios de su madre la amargura de una existencia dudosa, más triste aún que la existencia perseguida por la pobreza.

¡Ah!... ¡Cómo reconcentraba en su pecho, dominado por la emoción, los sollozos, los suspiros, los gritos de cólera, cuando delante de él se hablaba de aquel Silvano Ducrey, á quien conocía, á quien había juzgado con la implacable severidad de su conciencia y de su derecho!...

¡Silvano Ducrey!... Oliverio se acordaba de las crueles visitas que una pobre joven, muy triste, hacía al viejo, llevándole á él de la mano á aquella casa grande y fría de la calle Caumartin, por la que había pasado *toda París* en el mes de Junio anterior: y atemorizado cuando entraba allí, sentía una impresión glacial, como si penetrase en una capilla tenebrosa: que ese aspecto terrorífico tenía para él aquella habitación sombría, á la que llegaba la luz á través de los cristales de colores, y en donde la madre de Oliverio hablaba muy quedo, muy quedo.

Con frecuencia esperaba mucho tiempo la infeliz sentada en la banqueta de la antesala, con el niño á su lado, guardando el mayor silencio.

—¿Necesita usted algo, señorita Giraud?

—Nada, respondía. No, gracias.

Y se tapaba la boca con el pañuelo para no hacer ruido, porque quizá detrás de alguna de aquellas puertas cerradas estaba ocupándose en sus negocios Silvano Ducrey.

Y ¡cosa extraña! no teniendo Oliverio más que ocho ó nueve años, aquel nombre de *señorita*, dado á su madre, afrentaba al niño, como un insulto vago que no podía explicarse. ¿Por qué aquella mujer llamaba á Magdalena Giraud *señorita*, cuando en el colegio de Versailles todos la llamaban *señora*, al hablar de ella? ¿Y por qué también, cada vez que su madre le lleva-

ba á ver á M. Ducrey, la pobre palidecía, y cuando al marcharse bajaba la escalera, tenía los ojos bañados en lágrimas.

¡Ah!... ¡Es que eran secas las entrevistas con aquel hombre viejo, hundido en el sillón con almohadones, de donde salían sus afiladas manos y su voz cavernosa!

Magdalena empujaba á Oliverio, asustado, que llevaba su kepis cogido con las manos, y le decía, empleando siempre el mismo acento tembloroso:

—Da un beso al Sr. Ducrey.

El niño avanzaba dos pasos; acercaba al rostro duro de Silvano sus labios rojos y su fresco rostro, pero los dedos huesosos del viejo le detenían. Oliverio sentía en su mejilla, so pretexto de caricia, un golpecito ligero, y oía á la vez decir desde el fondo del sillón:

—¿Qué tal, qué tal? ¿Estamos contentos de este chicle? Y en seguida añadía:

—Sobre todo, no hay que hacer tonterías, Magdalena; no hay que sacarle de su esfera. Que sea un obrero, si es necesario. Por mi parte, hubiera preferido verle hecho un jardinero como era tu padre; pero, sobre todo, que no se salga de su clase.

El niño observaba que Ducrey no llamaba á su madre ni *señora* ni *señorita*.

Un día, cuando Ducrey le repetía: «Que no se salga de su esfera», Magdalena Giraud le respondió:

—No tenga usted cuidado; yo haré de él un hombre.

Aquella vez se separó de él más nerviosa que en otras ocasiones, con los ojos hinchados por el llanto— Oliverio se acordaba bien,—pero con la cabeza más erguida.

Algunas veces, introduciendo las puntas de sus largos dedos en el bolsillo del chaleco, Ducrey sacaba una ó dos monedas de plata, que ofrecía al niño; pero el brazo de Oliverio permanecería inmóvil, con el kepis junto al pecho, y Magdalena decía con voz temblorosa:

—¡Gracias!... No carece de nada.

Entonces Ducrey se reía.

—¡Diablos! Pues es muy feliz. ¡Mejor para vosotros... mejor para él!

Y aquella risa aguda y burlona hacía daño á Magdalena y daba miedo al niño.

Magdalena Giraud no quería deber nada á aquel hombre que le había robado su juventud y su vida.

Aún no tenía diecisiete años. Era una pobre joven tímida, bella, ignorante de su belleza. Sus claros ojos inspiraban deseos satánicos á aquel hombre de mirada aviesa, de mala ralea, á quien saludaba respetuosamente llamándole *señor*.

(Se continuará.)

CONFERENCIAS DEL DOCTOR

EL MIEDO

En los momentos en que escribo estas líneas, todo hace creer que los lamentables casos del cólera morbo endémico ó epidémico que han ocurrido en algunos pueblos de la hermosa y fértil Valencia, han distado bastante de merecer la alarma que han producido, y pudiera suceder, y ojalá así sea, que al ver la luz esta Conferencia los ánimos se hayan tranquilizado por completo; y también pudiera ocurrir que, á pesar de los acordonamientos y demás medidas preventivas, se hayan aumentado los focos infecciosos. Dios sólo sabe lo que puede acontecer, y nosotros, simples mortales, no tenemos más remedio que conformarnos con los designios de la Providencia. Los bienes y los males andan por el mundo á sus anchas; las calamidades y las venturas se suceden en el transcurso de nuestra efímera existencia, y lo que ante todo y sobre todo conviene es que la alegría y el dolor nos encuentren con la fortaleza necesaria para soportar sus efectos.

He aquí por qué razón juzgo oportuno hablar á mis lectoras del miedo, que, como todo en el mundo, es bueno y malo, pero más bueno que malo, si no pasa de ser una impresión y se convierte en una verdadera enfermedad.

«El miedo guarda la viña», dice un antiguo refrán castellano; y otro que le completa, añade que «no hay mal que por bien no venga».

En el caso presente, el miedo que se ha apoderado, de las autoridades primero, y de las individualidades después, es muy beneficioso, porque aquéllas han desplegado un celo, una actividad y una inteligencia que daran, con epidemia y sin ella, los mejores resultados para la salud pública; y las segundas, coadyuvando á la obra del saneamiento general y estimulándose, por añadidura, con el nobilísimo sentimiento de la caridad, completarán la obra. Si el mal nos ataca, encontrará en estos elementos su mayor y más terrible adversario; y si nos sigue adelante, por lo menos hay la seguridad de que pasaremos un buen verano, porque nos habremos encomendado á la Higiene, que es una de las formas que toma la Providencia para premiar á los que saben cumplir en este valle de lágrimas todos los deberes del cuerpo y del alma.

De modo que, desde este punto de vista, el miedo es saludable; pero á condición de que desaparezca del ánimo inmediatamente después de habernos excitado á combatir al enemigo que nos amedrenta,

En el último invierno nos ha afligido una epidemia mucho más terrible que el cólera. Contra ella no era fácil tomar medidas preventivas, y por eso se vió que no sólo los pobres, faltos de higiene, de alimento, de hogar y de los medios de combatir el frío, sino las personas pudientes y por lo tanto rodeadas de todo género de comodidades, sucumbieron en número considerable. Al principio se tomó á broma, y casi nadie hacía caso. Es más: hasta los más pusilánimes se reían de sus propios estornudos, y la tos estimulaba la agudeza de su ingenio. Fueron necesarias infinitas desdichas para que se acudiera á poner remedio al mal, cuidándose los enfermos y prestando socorros á los que carecían de recursos para guarecerse del frío, para alimentarse y para resistir los desastres que el enfriamiento causaba en la economía.

Con el cólera, desde las últimas invasiones que ha sufrido Europa, se hace todo lo contrario.—La experiencia ha demostrado que la rigurosa observancia de la higiene disminuye la intensidad del mal, contiene sus estragos y limita la maléfica acción del agente morbo, que en otros tiempos, extendiéndose rápidamente, causaba mayor número de víctimas por el espanto, la incuria y la miseria, que por la influencia de la enfermedad misma.

Regla general en los tristísimos casos en que las epidemias reinan: procurar que no sean ellas las que gobiernen, sino nosotros mismos, tomando todo género de precauciones y procurando, ante todo y sobre todo, conservar la serenidad de espíritu.

El sentimiento de la fraternidad debe llenar nuestra alma, sin dejar en ella un solo resquicio al miedo, que en semejante caso su verdadero nombre es egoísmo.

Todos los males, y los epidémicos más aún, se ceban en los débiles. La debilidad surge, ó del abuso de la vida, ó de la incuria individual, ó de la pobreza. La Higiene nos libra de todos los peligros, porque la Higiene no quiere que se abuse de nada, condena el abandono y exige que nadie carezca de lo más preciso para la conservación de la vida. Cumpliendo sus preceptos los que podemos, ayudando con nuestra caridad á los que no pueden, disponemos de las mejores armas para combatir y anonadar á los enemigos de nuestra tranquilidad y salud.

Después de esto, mucha serenidad, mucha distracción, mucha fe, y mucha religión.

Con estos elementos se soportan y se vencen todas las calamidades de la vida.

DR. ALEGRE

CURIOSIDADES

ARTE DE CONSERVAR LA BELLEZA

Con este título acaba de publicar en Londres un opúsculo una de las señoras que allí pasan por lo que se llama en Inglaterra *belleza profesional*, ó, lo que es lo mismo, mujer bonita que considera su hermosura como un capital que debe á la Naturaleza para sacar de él el mejor partido posible.

La hermosura es, por desgracia, un capital muy frágil, que, en vez de aumentar, tiende á disminuir de valor con el tiempo. Por este motivo, desde las épocas más remotas procuran las bellas reparar los estragos de la edad.

La autora del opúsculo á que nos referimos cree haber encontrado los mejores remedios; y aunque los que da nos parecen demasiado inocentes y poco nuevos, aunque estamos seguros de que no serán de gran utilidad, por lo menos á título de cosa curiosa, vamos á reproducir algunos de ellos.

La autora sienta con toda claridad este principio: «Una mujer no debe nunca creer que ha perdido su encanto, aunque haya perdido la primera juventud; lejos de desanimarse cuando ha pasado por la primavera y el verano de la belleza, debe prepararse á sostener su hermosura, y con mucho arte y con mucha paciencia puede aguardar tranquila y serena las inclemencias que colocan una aureola de plata en su frente durante el invierno de la vida.

Para conservar la belleza, lo primero que necesita una mujer, según la autora del opúsculo, es disfrutar de buena salud. Esta es condición esencial de la belleza. Además—y en esto tiene razón—que las que no son bellas pueden indemnizarse cultivando su ingenio y su corazón para sustituir así la belleza física con la belleza moral.

Como ven las lectoras, la inglesa cuyo trabajo extractamos, no pertenece á la generación del romanticismo. Escribe en una época en que domina lo positivo. Nuestros padres en 1830 se habrían escandalizado si una joven bonita hubiera demostrado tener buen apetito al sentarse en la mesa.

Una belleza que hubiera devorado un *beefsteack* succulento, y sorbido á continuación una copa de Burdeos, habría perdido todo su prestigio á los ojos de nuestros mayores.

¡Cómo han cambiado los tiempos!

En la actualidad, la inglesa recomienda á sus discípulas que hagan un ejercicio moderado, suficiente para desarrollar el apetito y las funciones de la piel, pero sin que les produzca fatiga ni contribuya á aumentar el tamaño de sus pies.

La medida, esta condición imperiosa del arte, es indispensable á la conservación de la belleza.

«Sin ejercicio se carece de buen color.»

«Andar demasiado deforma los pies.»

No hay que olvidar estos consejos.

Después de un paseo, se impone una buena comida; pero las bellas que quieren conservar una tez fresca deben resistir estoicamente á las seducciones gastronómicas de los mariscos, del queso, de las pastas, de las carnes saladas, de la cerveza y de todos los licores espirituosos.

Las mujeres esbeltas pueden saborear dulces, sin restricción de ningún género; pero las que tengan mucha predisposición á engordar deben abstenerse por completo de estas golosinas.

La autora del opúsculo asegura que las flacas pueden corregir este defecto consagrándose á un trabajo intelectual muy moderado.

La obesidad es más difícil de combatir, y sólo cede ante un tratamiento enérgico.

Es necesaria mucha afición á las hermosas formas para aceptar todas las privaciones que impone una reducción elegante de las sinuosidades indiscretas.

Las facciones más encantadoras pierden con frecuencia su efecto si carecen de lo que se llama buen color. Para obtenerlo es necesario evitar el uso de aguas bastante calientes, que producen arrugas. Muchas señoras cubren su rostro por la noche, al acostarse, con crema de *concombre* ó *calabaza*.

Esta costumbre no es estéril, á condición de quitar por la mañana la crema con agua de rosa. La inglesa condena en absoluto el uso del *cold-cream*.

Las lectoras van á reírse al leer que la consejera cuyo opúsculo extractamos, indica que el mejor modo de conservar el color sonrosado de las mejillas es ponerse por las noches, en cada una de ellas, una chuleta de ternera.

En su concepto, nada en el mundo da al cutis un aterciopelado y finura mayores.

Sin embargo, juzgando que algunas preferirán mejor comerse las chuletas que ponérselas en las mejillas, la inglesa aconseja que sustituyan la carne fresca de la ternera con mantequilla de cacao, glicerina, ó por lo menos agua de rosas.

Respecto de los cosméticos, y en esto tiene razón, prohíbe de un modo terminante que se usen los baratos.

«La mujer, exclama, no tiene el derecho de afearse, y perderá su belleza seguramente, empleando cosméticos de inferior calidad. El cosmético ha de ser extrafino.»

Antes de usarlo, deberán untarse las mejillas con un poco de vaselina; después se frotará ligeramente las mejillas con un poco de polvos de arroz, que se quitarán en parte con algodón en rama para que quede el mate preciso para simular un color sano y bueno.

El mejor medio de hacer desaparecer las arrugas es lavarse con agua de jabón.

Por último, la inglesa termina asegurando que para conservar la belleza lo mejor es disfrutar una salud perfecta, tener un humor agradable, tener pocos cuidados; amar mucho, reír y llorar con moderación, y, en una palabra, «tener vacío el corazón, la cabeza y las manos.»

Esto último no lo aconsejamos á nuestras lectoras, que, como han podido ver, poco es lo que ha podido enseñarles la belleza de la Gran Bretaña; pero de todos modos suponemos que no les habrá disgustado conocer sus teorías.

DANIEL GARCÍA.

ÁLBUM

AL SON DE MI GUITARRA

CANTARES

Los pobres van siempre alegres
y los ricos cabizbajos;
el trabajo da alegría
y la riqueza trabajos.

¿Qué es la vida, no teniendo
en el mundo á quien amar?
Un tesoro sepultado
en lo profundo del mar.

Desde que á orillas del mar
vertió lágrimas mi niña,
en el fondo de los mares
hay perlas escondidas.

Estrellitas y flores
sirven de alfombras,
en el cielo las unas,
aquí las otras.

No temo á la muerte ya,
porque me han asegurado
que va derecho al cielo
todo el que se muere amando.

ALEJANDRO PIZARROSO.

A LA LUZ DE LA LÁMPARA

La conversación dominante.—Una buena idea.—La influencia de la mujer.—Las esposas de los hombres políticos.—Buenas noticias.—Viajes.—Una iglesia.

La conversación preferente, lo mismo en los salones que en los círculos, en todas partes donde se reúnen unas cuantas personas, ha sido la que se refiere á Peral y á su invento.

Y por cierto que la idea de la *Secretaria* de esta Redacción felicitando á la señora del ilustre marino, ha parecido excelente. Todos se dirigían á Peral, el inventor insigne coronado de gloria, y no veían detrás de él, en la modesta sombra de un hogar honrado y feliz, la interesante figura de la que ha sido testigo anhelante de las fatigas y desvelos del que pasaba las horas y los días consagrado al potentoso descubrimiento.

Tanto como Peral, ha sufrido y ha luchado su esposa; ella le ha animado en las horas de desaliento; ella le ha consolado en los momentos de decepción. Sus manos han preparado la lámpara para las noches de vela; el café que sostenía el insomnio del sabio; el alimento que restauraba sus fuerzas, ella recibía sus confidencias y sus esperanzas, y le ayudaba y rezaba.

Se trataba de la gloria de su esposo y del porvenir de sus hijos. ¡Qué fervor habría en sus oraciones!

Sólo la mirada delicada de una mujer podía descubrir esta interesante figura que se ocultaba el día del triunfo, y el telegrama de la *Secretaria* de LA ÚLTIMA MODA ha sido el tributo de las señoras á la esposa del sabio.

Y esto es justo; no hay que olvidar nunca la parte principalísima que toma la mujer en todos los sucesos de la vida del hombre. La madre del niño que asiste regocijada á la distribución de premios en que obtiene la recompensa á sus estudios su hijo; la novia del estudiante que espera que éste termine su carrera para realizar sueños de dicha: la esposa del artista, del orador, del hombre de letras ó de ciencias, todas, madres, novias, esposas, hermanas, influyen poderosamente en la vida del hombre, y éste las debe no pocos de sus éxitos; pues ella le ayuda, le estimula: es la primera en felicitarle si vence y la única quizá en consolarle si es vencido.

Peral reúne, á sus méritos, la buena cualidad de ser un hombre de familia, y su esposa es una respetable señora, con todas las virtudes características de la clase media española.

La señora de la clase media está hoy llamada á desempeñar en la sociedad que se renueva una misión importantísima, y por eso no nos cansaremos de repetir que no debe perdonar medio ninguno de hacer todo lo posible por perfeccionarse; y proporcionarle alguno de esos medios es una de nuestras misiones en la prensa.

Peral, cuando se casó, era un modestísimo oficial de marina; hoy es un hombre eminente, un personaje de primera línea, y la que fué su compañera en los días humildes, reúne condiciones para hacer un buen papel figurando á su lado en los días de prosperidad.

Es incalculable lo que influye la mujer en la vida del hombre, y los disgustos que ocasiona una mujer que no ha sabido colocarse á la altura de su esposo en los mil detalles de la vida.

En el mundo político se ve esto con mucha frecuencia. ¡Qué gobernadoras! ¡Qué directoras y qué ministras se ven muchas veces!

Yo recuerdo una gobernadora que fué á una provincia de primer orden con su marido, y que al encargarse del Gobierno civil dedicó las servilletitas de the á navajeros para su esposo, porque no sabía para qué servían.

Un hombre público ha renunciado varias veces la embajada para la que se le proponía, y para la que reúne indudables méritos, sólo porque no se atrevía á llevar consigo á su esposa.

Es, por desgracia, frecuente ver que los altos personajes van á los banquetes y á las recepciones casi siempre solos, dejando en casa á sus consortes.

De una Ministra se cuenta, que en la primer audiencia que tuvo con la Reina, le habló de los disgustos que la daba su doncella y de lo mal que está el servicio en Madrid.

En estas imperfecciones tiene gran culpa el hombre; pero no hay que negar que le corresponde también una buena parte á la mujer, que se descuida y abandona después de casada, creyendo que al recibir las bendiciones ha terminado su misión, ó que para desempeñarla bien no necesita nada más que ser honrada.

Claro es que ser honrada es lo principal; pero hay también otras muchas cosas que no deben olvidarse.

Una mujer discreta, de talento, que comprende cuál es su papel, puede ayudar mucho á su marido en la vida social, apartando muchas asperezas de su camino.

Con la terminación de los festejos y con la llegada demasiado anticipada del calor, hemos entrado en un período de calma, y están á la orden del día los proyectos de viaje.

Por fortuna, las noticias acerca de la epidemia que

se presentó en el antiguo reino de Valencia y en Málaga son más tranquilizadoras, y los hombres de ciencia dicen que, Dios mediante, no recibiremos la terrible visita este año.

No hay que olvidar, sin embargo, los preceptos de la higiene, lo mismo en la casa que en los viajes.

Para La Granja, que el ferrocarril ha acercado mucho á Madrid, se disponen á salir muchas familias aristocráticas; la Reina no ha decidido nada todavía, pero es probable que vaya con su augusto hijo directamente á San Sebastián, y que la infanta doña Isabel se instale, como de ordinario, en el Real Sitio que tantos atractivos ofrece para pasar el verano.

La clausura de las Cámaras será la señal del gran desfile, y el Madrid animado se esparcirá por San Sebastián, por Biarritz, por San Juan de Luz, por el Sardinero, Las Arenas y los establecimientos balnearios.

Viajar es indudablemente bueno, y muy conveniente é higiénico buscar en tiempo de calor los climas frescos; pero es un absurdo que, sólo por rendir tributo á la Moda, se abandonen las comodidades de su casa y se empeñen en gastos excesivos los que no pueden soportarlos.

Madrid tiene algunas condiciones buenas para hacer soportable el verano: la abundancia de agua, los espectáculos al aire libre, las alamedas de la Florida y del Retiro, y otros. Dicen además los hombres de ciencia que Madrid en el estío es sanísimo, y en tiempos normales es ésta la estación que menos mortalidad ofrece.

Miguel de los Santos Alvarez, el poeta compañero y amigo de Espronceda y de Larra; Ortueta, el acaudalado banquero, y otros, han llegado á una edad avanzada sin haber salido nunca de Madrid, y atribuyen en gran parte á esto la excelente salud de que gozan y han gozado siempre.

De modo que no hay que desesperarse por permanecer en Madrid, ni que hacer grandes sacrificios por emprender viajes cuando no se puede.

Una ceremonia muy interesante ha sido la colocación de la primera piedra para la iglesia que la señora viuda de Larios ha mandado construir para el Asilo de Jesús. El nuevo templo, costado por la noble dama, será también sostenido por ella, y debajo del altar mayor serán trasladados los restos de su esposo, que tendrá allí un digno panteón.

El señor obispo de Zamora colocó la piedra con gran solemnidad, y las damas protectoras del Asilo han dirigido á la señora viuda de Larios una sentida carta, dándole las gracias por su generosidad.

EL ABATE.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Cristobalina.—En el número 111 de nuestro periódico, y con el título de *Curiosidades*, encontrará usted las noticias que desea saber respecto de la limpieza de los cuadros al óleo.—En cuanto á las soluciones, no puedo atribuir más que á dos causas la omisión de que usted me da cuenta: ó las cartas se han perdido, cosa que sucede, por desgracia, bastante á menudo, ó han llegado tarde para dar cuenta de ellas en el número correspondiente.—No me juzgue usted tan poco inteligente que no pueda apreciar que oculta usted bajo su natural modestia un talento poco común; razón por la cual ni sus cartas ni sus preguntas me harán experimentar nunca la sensación del fastidio, como usted supone.

Galleguita Ferrolana.—Para hacer desaparecer por completo el vello loquillo de los brazos, se emplea con muy buen éxito el *Pilivore de Dusser*.—Gracias mil por sus cariñosas felicitaciones.

Una minerita.—Con mucho gusto, puesto que se trata de complacer á una suscritora tan buena como usted, he transmitido á Salvi sus deseos, recomendándole que haga lo más pronto posible los dibujos que la interesan.

Caprice Hongrois.—No conozco ni creo que exista ningún específico que proporcione los resultados indicados por usted; pero no me extraña, ¿Quién va á atreverse á destruir lo que se considera como una gracia más?

Estrella Polar.—Se han recibido las 6 pesetas que incluía usted en su carta. Muchas gracias.—Tomo nota del seudónimo.—Puede usted hacer el traje en la siguiente forma: Falda amazona. Cuerpo frac, con camiseta y mangas fruncidas de *surah*, color tabaco.

F. M. M., Estrecho de San Ginés.—En el número pasado tuve el gusto de contestar á sus preguntas.

D. B. de O.—He entregado á *Sibila* las soluciones que usted se ha servido remitirme.—Siento mucho que no me escriba usted más á menudo: sus cartas, lejos de molestarme, me proporcionan grato placer.

Marina L. y F., de Cádiz.—Ante todo, envío á usted la expresión de mi agradecimiento por lo benévolo de sus juicios.—En cuanto á lo que se relaciona con su pregunta, respeto las causas, sean cuales fueren, que motivan su afición á los trajes negros. Si todavía no ha adquirido usted la tela necesaria para el

traje, me permito aconsejarla que, mejor que cachemir, elija un fular ó una muselina de lana, por ser estas dos últimas telas más á propósito que la primera para la época actual. Como modelo bonito indico á usted el grabado 13 del núm. 128 de LA ULTIMA MODA.

Miliolita.—Doy á usted las gracias por la buena opinión que le merecemos. Ya habrá usted recibido los regalos que reclamaba, y que sin duda se quedaron por el camino. Apunto el seudónimo, y con él nos entenderemos siempre que usted guste. No olvidaré su encargo.

Pensamiento de Canarias.—Supongo que al leer la sección de Preguntas y respuestas del núm. 127, habrá usted visto disipados todos sus temores. Si dejó pasar algún tiempo antes de contestar á sus preguntas, fué porque quise enterarme de si había algún medio de enviar á usted los objetos que me pedía. Por desgracia, esto ofrece muchas dificultades y no pocos gastos, de modo que si á usted no se le ocurre algún medio, no veo modo de poder complacer á usted. **Sibila** me dice que se han publicado en el periódico algunos de sus pasatiempos. No dude usted nunca de la sinceridad de mi afecto, ni tema que nada ni nadie pueda modificar en lo más mínimo la buena opinión que de usted he formado desde el primer momento, y que se afirma cada vez que recibo una de sus carísimas y amenas cartas.

S. R.—No puedo contestar á usted bajo el seudónimo de *A una donostiarra*, porque hace tiempo que está elegido por otra señora suscritora. Se humedecen los párpados, pero no hay mal ninguno en que un poco del líquido se introduzca en los ojos. El agua de salvado se emplea con éxito para el lavado de los guantes de seda. No es necesario que haga usted una preparación especial; cualquier agua de Colonia puede servir á usted para esos usos. Gracias mil por su felicitación; pero debo manifestarle que encuentro muy inmerecido el calificativo.

C. S., Coruña.—Ha hecho usted muy bien en escribirme, y celebraré que siga usted honrándome con su confianza. La presentación debe efectuarse en la forma que indica usted; y si se trata de una cosa oficial, pueden ustedes recibir los regalitos sin el menor inconveniente. El ofrecimiento de la casa es indispensable en esas circunstancias. Pasados veinte ó treinta días, se devuelven las visitas recibidas. Se contesta con la conocida fórmula: «El gusto ha sido mío.» La *Crema de la Meca* se usa siempre con éxito lisonjero para la conservación de la frescura del cutis.

A. L. de S.—Elija usted un traje de batista clara, sencillamente adornado con galones de seda y un poco de encaje. Sombrero de paja calada, adornado con lazos de cintas y grupo de flores.

Tête de Linotte.—Su carta ha sido en extremo agradable para mí, pues como hace tanto tiempo que no me favorece usted con sus consultas, tenía que me hubiera usted olvidado por completo. Ya veo que no es así, y por ello me felicito. Pruebe usted á limpiar

el damasco frotando las manchas con un cepillo, impregnado en agua de jabón, después con agua clara, y, por último, con un lienzo fino.

¡Oh! mi amor no existe.—Permítame usted que le diga que su pluma se basta y se sobra para saber expresar la vehemencia de sus sentimientos. Contestación á sus preguntas: La novela *Martirio* Estoy segura de que simpatizará usted desde luego con su interesante protagonista. El *Werther* de Goethe. Las *Romanzas sin palabras*, de Mendelssohn. La caída de las hojas, nocturno, de Gottschalk. Un libro de cuentos lujosamente encuadernado, ó alguna de las obras de Julio Verne. No tengo la menor noticia de ese color; pero creo que, en caso de que exista, lejos de ponerlo de moda, debemos desecharlo por cuantos medios estén á nuestro alcance.

A una admiradora de Eiffel.—En el principio de abecedario á punto de cruz que se regala con este número, encontrará usted las dos letras que necesita. El fular es una de las telas que están más de moda este verano, y no sin razón, pues difícilmente se podrá encontrar otro tejido que mejor reúna, á la frescura y flexibilidad, la más exquisita elegancia.

LA SECRETARIA.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

Gran número de suscritoras nos han pedido que publiquemos un Abecedario de gran tamaño para bordar á punto de cruz. Hoy comenzamos á complacerlas, ofreciéndoles las letras A, B, C, D, que se borcan con algodón azul ó encarnado. Estas letras pueden utilizarse para marcar fundas de sillería, sábanas, toallas, cortinillas, etc.

RECETAS DE LA MUJER CASERA

Para restaurar los objetos dorados.—Lo primero que hay que hacer es quitarles con el mayor esmero todo el polvo que tengan; después se pasa sobre bre el dorado una esponja fina, impregnada en una ligera solución de jabón blanco; luego se seca con un lienzo muy fino.

Si este medio es insuficiente, se bate una clara de huevo con 15 gramos de agua de Jable; mojando en esta solución una brochita, se frota con ella ligeramente los dorados, y después se secan con un lienzo muy fino.

El amoníaco adicionado de agua restaura también los dorados; pero, como en los anteriores procedimientos, es necesario secar bien los objetos que se quieren restaurar.

ADVERTENCIA

Las señoras suscritoras de Madrid y provincias que se propongan salir á veranear, recibirán el periódico en el punto donde residan, con sólo dar aviso á nuestra Administración. Las que reciban LA ULTIMA MODA por

conducto de los Centros de suscripción, podrán tomarlo en los siguientes puntos de verano, con sólo pedirlo á nuestros representantes. SAN SEBASTIÁN: D. Francisco Ros, Idiáquez, 7.—BILBAO: D. Eleuterio Villar, Hurtado de Amézaga, M. S., tercero.—SANTANDER: D. Juan Manuel del Campo, Santa Lucía, 7.—CORUÑA: D. Agustín Escudero, Real, 98.—FERROL: D. Francisco Romero, San Carlos, 77.—GIJÓN: D. Ladislao Menéndez, Corrida, 20.—CLAVIZ: D. Juan Rubio, Sacramento, 25.—MÁLAGA: D. Juan Aguilar, Alvarez, 2.—VIGO: D. Manuel Vázquez. Las señoras que se dirijan á otras playas ó balnearios podrán hacer, en los Centros que les sirven ó en nuestra Administración, suscripciones especiales de verano, por cuatro seis ú ocho números.

RECLAMACIONES

Ilmo. Sr. Director de Comunicaciones:

A una señorita de Camariñas (Coruña) le ha faltado el número 126, y se queja de la irregularidad con que llega el periódico á su poder, cuando llega. Una suscritora de Infiesto ha reclamado el número 127. Tampoco ha recibido el número 128 una suscritora de Alhama de Granada, hallándose en el mismo caso otra de Alhama de Almería. Otra suscritora de Málaga se ha visto privada del número 127. El número 128 no ha llegado á manos de un suscriptor residente en Illora. Por segunda vez hemos tenido que remitir el mismo número á una suscritora de Jaén.

LA ADMINISTRACIÓN

CRÓNICA TRISTE

Nota de los corresponsales de esta publicación que han cesado de serlo por no haber cumplido su deber y resultar insolventes:

Zamora.—D. Gregorio Alonso Lucas.

Mahón (Baleares).—D. Antonio Sintés.

Tarragona.—D. Ignacio Jané.

Publicamos esta lista para que llegue á noticia de las demás empresas editoriales. Los nombres de los que no han cumplido con nosotros, aparecerán en esta sección hasta que salden sus cuentas.

La Última Moda. Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas.—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro.—Filipinas: 6 p. t.—Portugal: seis meses, 1,600 reis. Un año, 3,000.

Non Agentes exclusivos de LA ULTIMA MODA:—Cuba: D. Juan Juli. Habana: En Puerto Rico, "La Propaganda Literaria"; en México, los señores J. Ballester y Compañía; en Buenos Aires, don Marcos Borda; en la República del Uruguay, don Francisco Arroyo; en Venezuela, los Sres. Gracías hermanos; en el Ecuador, D. Pedro Zúñiga; en Bucaramanga, los Sres. Calderón y Lamus; en Guatemala, D. Antonio Partegás y en Portugal, M. J. d'Amor y C.^a

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

PILDORAS DE BLANCARD
CON
Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
PARIS Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo médico de San Petersburgo.

Participando de las propiedades del Iodo y del Hierro, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el germen escrofuloso (tumores, obstrucciones y humores fríos, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clorosis** (colores pálidos), **Leucorrea** (flor blanca), la **Amenorrea** (menstruación nula ó difícil), la **Tisis**, etc.

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas energéticos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de Hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exálgase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la Unión de Fabricantes.

Farmacéutico de París, calle Bonaparte, 40
DESCONFIÉSE DE LAS FALSIFICACIONES

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

Polvero de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO

Por CH. FAY, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

Perfumería, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA —
COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

LAMPARILLAS SUMERGIBLES
de doble servicio.

MUY LIMPIAS Y BONITAS

Treinta horas de hermosa claridad con los aceites malos y cuatro días con los clarificados.

La caja para 100 servicios: 25 céntimos.

En todos los bazares y quincallerías.
Naveau y C.^a 22, rue Dussoubs, París.

CREMA DE LA MECA
F. Dusser, inventor.

Conserva la pureza y la frescura del cutis. Se vende en la Administración de LA ULTIMA MODA, al precio de 5 pesetas.

PODAJAS PARA SACAR PATRONES.
Precio en Madrid: 1,25 pesetas.

En provincias, incluido porte y certificado, 2 pesetas. Diríjase los pedidos á la Administración de LA ULTIMA MODA.

Harina azoada lacteada
preparada por J. Stedman de Londres. Es el mejor alimento para los niños y personas débiles. Se vende á 3 pesetas lata de medio kilo en las mejores farmacias, droguerías, y tiendas de ultramarinos.

Depósito: Mayor, 23, coloniales.

Agente de publicidad de "La Última Moda" en Alemania: H. Eiser.—Hamburgo.

EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE
salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta.—Pídase á la Administración de LA ULTIMA MODA.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composición absolutamente nueva bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (peccas, paños, rojeces, etc.) Para bañito ó espectáculo donde hay mucha luz, pídale la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ¡Gran novedad! — **DUSSER**, inventor Rue J.-J. Rousseau, n.º 1, París. (En América, en todas las Perfumerías). Madrid: MELCHOR GARCIA, y en las Perfumerías Pasoual, Frora, Inglesa, Urquiolu, etc.—Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías de Lafont, etc.